



El Dr. Duncan MacDougall [1866 - 1920] fue un médico de principios del siglo XX, en Haverhill, Massachusetts, que trató de medir la pérdida de peso del cuerpo humano tras la muerte física del mismo. Se trataba de averiguar si el alma existía, basándose en que la misma tenía peso. Jugando con las palabras de la celeberrima frase, sería como si el alma se dijera a si misma: ¡Peso, luego existo!

Sus experiencias fueron recogidas por el New York Times, el 11 de marzo de 1907. La historia había comenzado cuando, en 1901, el doctor MacDougall pesó seis pacientes terminales de tuberculosis, en un hogar de ancianos. Colocando las camas de los moribundos sobre unas basculas industriales de la marca "Fairbanks", capaz de medir variaciones de hasta de un gramo. En los seis casos hubo una apreciable pérdida de peso, 21 gramos, justo en el momento del fallecimiento.

Sin embargo cuando MacDougall, realizó el experimento utilizando animales irracionales [perros, y ovejas], no hubo pérdida de peso en el momento de la muerte, y en los caso de las ovejas lo que hubo fue un incremento de peso. La conclusión a la que llegó el doctor Frankenstein, perdón, querría decir el doctor MacDougall, fue que tan sólo el ser humano tiene alma.

Haciendo oídos sordos a aquellos que le llamaban "mata perros", y otras lindezas, MacDougall publicó los resultados obtenidos, en marzo de 1907, en la "Revista de la Sociedad Americana para la Investigación Psíquica", y la revista médica "American Medicine", mientras que la noticia se extendió al público en general a través del "New York Times", tal como hemos indicado antes.

Posteriormente, en 1909, H. Laverne Twining, un profesor de colegio de Los Ángeles, realizó el mismo experimento, aunque esta vez con ratones. Si MacDougall dedujo que los perros no tenían alma, o al menos no parecían perderla al morir, los ratones que envenenaba Laverne, sí. El profesor, depositaba a los ratones en el plato de una balanza, les proporcionaba cianuro y a los 30 segundos el ratón estaba tieso. Al parecer, el fiel de la balanza descendía a continuación. Sin embargo, el peso no varió cuando la curiosidad insaciable del profesor le condujo a introducir un ratón en un tubo de cristal, matándolo por asfixia.

El Dr. Contepomi, también realizó experimentos similares, en los años setenta, utilizando para tal fin a perros abandonados; hasta un día en el que un "pit bull", intuyendo las perversas intenciones del doctor, consiguió huir, no sin antes arrancarle los testículos al científico. Amargo se debió de quedar Contepomi, ya que a partir de ese momento abandonó sus prácticas canicidas, para dedicarse, en cuerpo y alma, a la filatelia y al canto en una coral polifónica. Los resultados de sus perrunos experimentos nunca fueron publicados.

En Redmond, Oregón, se experimentó con gallos, ovejas, corderos, y una cabra [el cerdo no consta, ya que - según parece - logro huir] por el procedimiento de la asfixia en una urna de cristal. Contra todo pronóstico, y en todos los casos, hubo una ganancia de peso que osciló entre los 18 y los 780 gramos, con lo cual se dedujo que los animales irracionales ganan peso, transitoriamente, en el momento de la muerte. El porqué de ello, constituye aún un misterio. Igual es que la báscula utilizada en Redmond era la de un tendero fraudulento.

La cifra de 21 gramos, como peso del alma, acabó popularizándose. Así, en el año 2003 se estrenó una la película sobre el alma, la vida y la muerte, titulada "21 gramos", basada en los experimentos llevados a cabo por el Dr. Duncan MacDougall. El filme había sido dirigido por Alejandro González Iñárritu, sobre un guion de Guillermo Arriaga, y contando en el reparto estelar con Sean Penn, Naomi Watts, Benicio Del Toro, Charlotte Gainsbourg, Melissa Leo y Clea DuVall. La película fue galardonada con numerosas distinciones internacionales, entre ellas, dos "Oscar".